



DESDE LA REJA

ASOMADO á los cristales de la redacción de *El Resumen* contemplo todas las semanas la abigarrada multitud de hombres y mujeres que se detiene en los alrededores de la imprenta, formando grupos heterogéneos, de entre los cuales surge una gritería espantosa, compuesta de carcajadas, dicharachos, interjecciones y blasfemias que se

unen en íntimo y extraño consorcio; eco propio á la multitud que ondula, se retuerce y se apiña contra la reja, esperando el primer *veinticinco* de la lista grande.

Son los tales grupos un enjambre bullicioso de mozalbetes y chicuelas, que tiene mucho de alegre por su juventud y mucho de siniestro por sus harapos; conjunto de hombres y mujeres, adolescentes en su mayor parte, que llaman la atención del artista por su aspecto y del filósofo por su miseria; hormiguero humano que vive de lo que nadie quiere, y habita en medio de la calle, y cruza por ella con la sonrisa en los labios, el desamparo en el alma y la desvergüenza en los ojos.

¿De dónde vienen? Casi todos ellos lo ignoran; su origen arranca de ese montón anónimo donde la familia es un mito, el linaje un enigma y la paternidad un problema. Por azar casi siempre, sin que el amor intervenga para nada en las determinaciones del sexo, crece y se multiplica esta raza indómita y febril, de la que no se preocupa nadie, y que paga el desdén con la burla, y la indiferencia con el insulto.

La impresión que despiertan en mí siempre que los veo, es una mezcla de afecto y tristeza; y á la verdad que á una y otra cosa son acreedores aquellos mozos de tez

curtida, semblante pálido y ojos expresivos que, con la gorrilla de seda sobre la frente, la blusa rota por los codos y remendada por todas partes; los pantalones hechos jirones; la camisa abierta sobre el pecho desnudo, y los pies descalzos, siquiera traten de disimular su desamparo nnas botas hipócritas y agujereadas por la suela, ríen y cantan y maldicen á un tiempo, ignorantes de su pasado, aburridos de su presente é inseguros de su porvenir. Y la tristeza y la ternura suben de punto cuando desde los hombres pasa la vista á las pobres mozuelas harapientas, que lucen con descaro sus rostros marchitos y sus formas angulosas; semejantes á los frutos caídos del árbol, prematuramente podridos, inservibles en los comienzos de su lozanía, y prontos á desaparecer en el surco fangoso donde fueron arrojados por la violencia del huracán.

Esbozos humanos, siluetas confusas, imágenes á medio concluir; basta verlos para comprender que en sus cuerpos enflaquecidos, por cuyas venas circula una sangre débil, envenenada por todos los raquitismos y todas las podredumbres de la herencia, puede cebarse impunemente la miseria, y que en sus almas, faltas de apoyo, de enseñanza, de ejemplos nobles y de energías salvadoras, hay campo abierto para el

vicio y materiales á propósito para el crimen.

Nacidos en el fango, criados en el abandono, hechos á respirar una atmósfera donde la asfixia es segura, tienen marcado su destino, y obedeciendo á la gravitación social, tan invariable y despótica en sus leyes como la gravitación física, desaparecen los hombres en las celdas de la cárcel, en los patios del presidio ó en los abismos de la miseria, y ruedan las mujeres desde las aventuras de la calle hasta los lechos del hospital, y desde los lechos del hospital hasta el fondo insaciable de la fosa común.

Tal es la ley: ley espantosa que pesa sobre ese montón anónimo de seres humanos que se agitan en el abandono y en la ignorancia, mientras las eminencias de guardarrropía pronuncian en Sociedades y Ateneos discursos que nada resuelven, discursos hechos en nombre de la fraternidad universal, á propósito de la cual fraternidad tengo mis dudas, porque ignoro, al ver cómo la tratan los comprometidos á plantearla, si es una idea ó un sarcasmo.

—
 ¡Y sin embargo, qué fácil sería convertir esta masa, hoy perjudicial é inservible, en

elemento útil y beneficioso para sus semejantes!

Fijad bien la atención en los grupos de hombres y de mujeres á que me refero, y veréis que en sus ojos, donde brillan la juventud, la malicia y el descaro, se transparente un alma; que en sus cerebros palpitan ideas que se traducen por una frase desvergonzada, por un gesto soez; que en su espíritu hay pasiones y en su corazón sentimientos, rudimentarios, pero susceptibles de desarrollo; dadles los medios de defensa que ahora les faltan, y convertiréis el montón inconsciente é inútil en un organismo completo.

Instruid, moralizad á esa muchedumbre; sacadla del embrutecimiento en que vive, despejad las sombras que la envuelven, y tendréis hombres, en vez de cosas.

Hacedlo así, y el mozalbete que con el cigarro entre los labios y la gorrilla sobre los ojos representa un porvenir de infamias, será el obrero, el soldado, el artifice, el músculo que trabaja y el cerebro que piensa; hacedlo así, y la chicuela flacucha y enclenque, carne de vicio que el mismo vicio rechaza con asco, será la jornalera ennoblecida por el trabajo, la fundadora de un hogar, el pecho que nutre y el corazón que ama.

Hacedlo así... ¡Pero váyales usted con semejantes peticiones á los políticos injertos en filósofos que andan por esta España y por esos círculos de Dios! ¡Poco atareados que viven los hombres en averiguar si las crisis deben ser grandes ó chicas, ó *chicas en grande*, como los vasos de refrescol ¡Ahí que no es nada los asuntos que les agobian en su afán de combatir con credenciales las disidencias de los partidos! ¡Cualquier día dejan ellos tan arduas, patrióticas y nobles tareas para ocuparse en pequeñeces!

¿Que hay hombres de quien nadie se cuida y que, educados en el abandono, llegan al crimen? ¡Y qué! Para algo han de servir los presidios.

¿Que hay mujeres que escandalizan las calles con su presencia? ¡Valiente cosa! Para evitar los tales escándalos, existe un cuerpo de policía especial, que es la última palabra en la materia.

Así piensan ellos, y después de todo piensan bien. Cada uno nace donde le toca en suerte, y debe resignarse con su destino.

Lógica muy natural y muy cómoda, pero tiene un inconveniente: el de que la muchedumbre que se agrupa todas las semanas junto á la reja de la imprenta recuerde un

día que sus manos sirven para otra cosa que para vender *veinticinco*, y que sus voces pueden emplearse en algo más que en gritar por calles y plazuelas: *¡La lista grande, que acaba de salir ahora!...*



LOS DISCRETOS



* El que quiera ser feliz en España, vivir tranquilamente, sin enemigos que le acosen ni envidiosos que le muerdan, reverenciado, enaltecido y apto para conseguir una estatua el día de su defunción, sólo debe aspirar á una cosa: á merecer fama de discreto.

Ser inteligente, emprendedor, atrevido, apasionado, enérgico; reunir todas ó algunas de esas condiciones propias á los grandes caracteres, representa aquí, en esta patria donde los Fabié llegan á ministros y los Martínez Campos á dictadores, la comisión de un delito enorme, que permanece impune pocas veces, y que no se perdona jamás. Hay que ser discreto ante todo, sobre todo y por encima de

todo; discreto en las relaciones sociales; discreto en el amor; discreto en las ideas, en los proyectos, en las palabras, en el traje... hasta en el modo de rascarse las narices ó de retorcerse el bigote.

¿Y qué significa esto de la discreción en España?

Significa, en las relaciones sociales, seguir los usos y costumbres estables, siquiera estos usos y costumbres sean de lo peor que se conozca; acomodarse á ellos sin protestas, sin distingos, sin propósito de corregirlos ni esperanza de mejorarlos; significa, en el trato con las demás gentes, dar la razón á todos, aunque digan un disparate, sufrir sus majaderías y tolerar sus crímenes para no crearse enemigos; significa, en amor, no *comprometerse*; en política, arrimarse al sol que más calienta; en ideas, no tenerlas propias; en proyectos, no hacer innovaciones; en indumentaria, ser correcto, serio, irreprochable, y significa también rascarse las narices con delicadeza y retorcerse el bigote con parsimonia.

¡Bienaventurado aquel á quien tales estuendas cualidades adornan! Todos los caminos se hallarán abiertos á su paso, y todas las medianías prontas á favorecerle. Llegará donde quiera llegar, sin oposicio-

nes y sin obstáculos; hombres de esta naturaleza apaisada, no estorban á nadie; no se apartan de la vereda; no salen del paso ordinario; pertenecen á la recua humana, de que forman parte los otros discretos, y puede hacerseles sitio en el pesebre común.

El discreto es el ente mejor de la tierra.

Los vecinos de su casa le elogian, porque se retira antes de las doce, y el que se acuesta temprano tiene que ser por fuerza hombre de bien; sus amigos le ensalzan, porque los adula; los políticos le atienden, porque es útil y se conforma con poco; las mujeres le estiman, porque quien sabe no comprometerse, no compromete; si ocupa un puesto en la administración pública, los que con inmoralidades administrativas se enriquecen y prosperan, le sostienen y le apoyan; él no ha de oponerse á ningún linaje de picardías, y sabe guardar un secreto, siempre que de guardarlo obtenga beneficio; si es literato, sus compañeros le ensalzan; están seguros de que no rebasará el nivel general; si es periodista, la prensa le *jalea* á diario, y si casado, tiene muchos admiradores, porque los discretos acostumbran á serlo en todos los casos. ¡Existencia feliz la del discreto! A él le está permitido todo, absolutamente todo, porque

sus infamias, si las comete, sus torpezas, sus ductilidades vergonzosas y sus cobardes concesiones, no estorban á la multitud que le rodea, ni á los poderosos, que están sobre él. Aunque el mar tenga mucho fango debajo de sus aguas, permanece tranquilo: ese fango no se ve, y ni le irrita ni le molesta; en cambio, el choque de una piedra que penetra su superficie, le sacude y le conmueve... Cosas del mar y de los hombres.

Sea usted discreto, y será dichoso; y á poco que apure la cosa, canonizado. No valer nada, ó aparentar no valer nada, es valerlo todo en nuestro país; y como el discreto es un individuo insignificante, puede llegar á Ministro ó á General, ó á académico, sin que nadie se asombre.

Pero... ¡desgraciado del individuo que con el cerebro lleno de ideas, el corazón de pasiones y la conciencia de energías, pretende abrirse hueco entre la discreta masa que le rodea, ó quebrantar la egoísta y perezosa superficie que le envuelve! Es hombre perdido; donde quiera que se dirija encontrará obstáculos formidables, oposiciones duras, rencores tremendos; sus menores actos serán sometidos á tela de juicio, y sus mejores ideas despreciadas ó escarnecidas.

¡Un caballero que tiene el atrevimiento de rebasar el dique en que tan á gusto se mueven todos!... ¿Háse visto desvergüenza mayor?

“¿Quién será él, exclaman los vecinos, cuando viene á su casa al amanecer, y hay días y semanas en que no viene á ninguna hora?... “¡Es un envidioso!, exclama algún ex amigo que le debe un consejo ó una advertencia. “Valiente majadero! ¡Pues no tiene firmeza de convicciones! dicen los políticos. “¡Qué pretensión tan absurda, y qué propósito tan ridículo! gritan los merodeadores administrativos. ¡Reformar la administración! ¡Ese ciudadano es un bandido ó un imbécil!,” “¡Qué inmoral, qué audaz, qué insolente; censura las costumbres y los usos del día!, gruñen á una voz periodistas y literatos. “¡Qué loco! murmuran las mujeres por lo bajo; ha querido que una casada se escape con él, como si para estas cosas fuera preciso salir del domicilio conyugal!,” “¡Qué Quijote! dicen sus contertulios! ¡Se enfada porque hacemos el amor á su esposa!,”

Todos caen á una sobre aquel desventurado; los envidiosos le muerden; los amigos le difaman; los indiferentes se burlan de él, y unos y otros le acometen y le acosan como á res bravia en coto cerrado,

mientras el hombre lucha y se revuelve sostenido por la justicia de sus ideas ó por la energía de su carácter, hasta que rueda por el suelo herido, ensangrentado, sin fuerzas para combatir y sin esperanzas de triunfo. Entonces le dejan en paz, después de haberle hecho pedazos, por supuesto.

Y mientras esto ocurre, los discretos viven dichosos, gozando un sinnúmero de comodidades y bienandanzas.

Tan verdad es esto, que yo muchas veces, siento impulsos vehementes de meterme en la recua de los discretos y disfrutar pacíficamente de la pesebrera común.

Siento esos impulsos, pero me arrepiento en seguida.

Después de todo, vale más que ser burro, ser arriero.

Aunque lo maten á uno de un par de coces.



UNA MUJER DE MUNDO

EN pie sobre el asiento del *landeau* hallábase el Conde, siguiendo, anteojo en mano, las peripecias de la carrera, el galope vertiginoso de los caballos y los movimientos de los *jockeys*, que, describiendo en el aire

curvas rápidas con el extremo de sus látigos, recogido el cuerpo, calada la gorra y hundidas las espuelas en los ijares de sus cabalgaduras, avanzaban por la pista adelante, persiguiéndose, desafiándose, estimulándose, estorbándose el paso, manobrando habilidosamente para ganar la cuerda, y formando vistoso grupo, en el cual se destacaban sus elegantes blusas de colores, hinchadas por el viento y brillantadas por el sol. Y mientras seguía el combate, y la multitud, escalonada en los desmontes y vericuetos que circuyen el Hipódromo, animaba á los luchadores con gritos roncós y salvajes; mientras en las tribunas se hacían apuestas y en los fondines improvisados sobre la superficie pantanosa del recinto, preparaban los mozos fuentes de emparedados y botellas de manzanilla, y damas y caballeros lujosamente puestos charlaban en los carruajes, y el Conde perseguía desde el suyo, con ansias de jugador y de *sportman* las evoluciones de su caballo favorito, la Condesa, dirigiéndose á Enrique, á aquel mozo de dieciocho años que, parado á muy corta distancia de ella, acababa de pedirla una cita amorosa por medio de una tarjeta arrojada con juvenil descaro encima de la cubierta del *landeau*, le dijo en voz baja, enloqueciéndolo á la

vez con su acento y con la mirada de sus ojos grandes y burlones: "Al que algo quiere, algo le cuesta."

Enrique bajó la cabeza en señal de asentimiento; escuchose el sonido de la campana anunciando el término de la carrera; pasó por delante de las tribunas el vencedor caballo, y comenzó el heterogéneo y bullicioso desfile de *breaks*, de *charretes*, de *factones*, de *landeaux* y *victorias* á la *Daumont* y á la media *Daumont*, de *milores*, de carretelas y berlinas, que, ocupados por hombres elegantes, por mujeres hermosas, por lo mejor y más selecto que abarca en sus límites, inmateriales, pero precisos, la alta sociedad madrileña, se amontonaban sobre las anchas puertas del Hipódromo, extendiéndose luego por el Paseo de la Castellana arriba, entre el crujir de las fustas, el pataleo metálico de los caballos, el suave chirrido de los ejes y el sordo voltear de las ruedas, mientras el popular, como se decía en los tiempos antiguos, la gente de á pie, como se dice ahora, ganaba los paseos laterales en montón apretado y alegre, empujándose, codeándose, ondulando con desconcertadas ondulaciones y marchando de frente y en tropel, entre un rumor no interrumpido de palabras y risas y una espesa nube de polvo.

Enrique vió desfilár toda aquella turba de seres y cosas sin darse cuenta de ello; no tuvo ojos más que para contemplar el *landeau* de la Condesa, que partió con los otros carruajes, no sin que su dueña, volviendo el rostro hacia su desconocido adorador, le dirigiera una sonrisa, despedida silenciosa, muda promesa que contrajo los nervios del joven y le hizo permanecer quieto, inmóvil, con las pupilas puestas en la encantadora mujer que se alejaba, y el cuerpo iluminado por los últimos rayos del sol, próximo á ocultarse tras los áridos desmontes del Hipódromo.

Cómo se entendieron Enrique y la Condesa, no es hecho digno de mención; baste decir que una noche recibió el joven la siguiente epístola:

“Dentro de cuatro días saldré sola para el Escorial; vaya usted allí, y hablaremos.

„Será conveniente que abandone usted la corte antes que yo.

„Rompa usted estas líneas después de leerlas.”

Enrique hizo pedazos la carta, no sin besarla antes repetidas veces; buscó dinero, cosa muy difícil de obtener por un joven que no tiene otro caudal que sus ilusio-

nes y sus esperanzas, y dejó Madrid para comenzar la historia de sus primeros amores con una señora del gran mundo.

* * *

En las estribaciones del monasterio del Escorial (digo estribaciones porque, más que de monasterio, tiene trazas de cordillera aquella mole inmensa y maciza), álzase una casa, edificada en forma de hotel, lo bastante lejos del pueblo para no confundirse con éste, y lo bastante cerca para hallarse comprendida en su límite municipal. En la tal vivienda, rodeada por un jardín y defendida por una reja de artístico remate, vivía la Condesa, sin más compañeros de habitación que dos ó tres criados.

A esta casa iba Enrique todas las noches después de las once, sin ser visto de nadie, ni de la servidumbre siquiera, y allí permanecía hasta el clarear de la aurora, gozando las múltiples delicias á él ofrecidas en frenéticos y delirantes espasmos de pasión por aquella mujer hermosa como ella misma, carnal como un desnudo del Ticiano, majestuosa como una reina y ardiente como una cortesana.

Enrique adoraba los encantos de la Conde-

sa como adora el neófito, á medida que los descubre, los misterios de su religión. Para él, joven, ardiente, con el cerebro repleto de ilusiones, las venas de sangre y los nervios de electricidad, era la Condesa el resumen de todas las dichas y la síntesis de todos los placeres. ¿Qué valían junto á ella, inteligente, graciosa, espiritual, pronta á seguir á Enrique, y seguirle sin desventaja en sus quimeras de poeta, en sus avances de pensador, en sus locuras de hombre mozo y sediento del porvenir, las otras mujeres ineducadas, humildes, torpes, que había tenido ocasión de tratar hasta entonces? Y si del ingenio, de la gracia, del entendimiento de Luisa (éste era el nombre de la Condesa), de los goces intelectuales pasaba á los goces materiales, ¿dónde ni cuándo pudo él, no ya disfrutarlos, ni siquiera soñarlos, semejantes á los imaginados por ella en sus horas de exaltación y de fiebre?

Las mozas de cántaro, perseguidas por Enrique en los estrechos corredores de su casa; las alegres modistillas, que se dejaban galantear en medio de la calle para entregarse luego en el gabinete reservado de una fonda cualquiera; las mismas cortesanas que el mozo tuvo ocasión de conocer, valían muy poco, en punto á

placeres, comparadas con la ilustre señora; porque la Condesa era maestra en deleites. Aquella mujer que en público parecía la virtud misma por la severidad de su aspecto, por la parsimonia de sus modales, por la rigidez de su trato, se metamorfoseaba en el silencio de su gabinete, ante las pupilas absortas de su amante, como se había metamorfoseado ante sus otros galanteadores; los cuales, dominados por ella aun después de la ruptura, guardaban á la Condesa el secreto de sus culpas y de sus deslices, y ésta seguía siendo á los ojos del mundo, y á los ojos de su marido también, una dama modelo de virtudes, de costumbres honestas y de fidelidad inalterable.

Y no se crea que el tipo descrito es inverosímil: existe. Luisa, en lo que toca á hipocresía y á conocimiento de los hombres, podía dar quince y raya á Mad. de Marnaffe, á la cortesana imaginada por el talento incomparable de Balzac, á la que sabía entretener á un tiempo, obligándoles á arrastrarse á sus plantas como miserables esclavos, al degenerado Hulot, al egoísta y panzudo Crevel, al muelle y lascivo Steimbock y al romántico y salvaje Montes de Montéjanos; y podía darle quince y raya, porque Valeria explotaba á sus adoradores

y Luisa no; Luisa veía en los hombres instrumentos de sus liviandades, Valeria medios de hacer fortuna: y la Condesa era, si no más querida, más respetada por sus adoradores, que la bastarda del ilustre General del Imperio.

Imagínese á qué extremo llegaría la pasión de Enrique, mozalbeta inexperto y cándido, en presencia de aquella mujer de treinta y cinco años, que supo tenerle junto á ella durante un mes sin concederle otros favores que los estrictamente necesarios para enardecerle y subyugarle. Besar sus cabellos, acariciar sus manos, extasiarse en la contemplación de su pie calzado primorosamente, rodear con su brazo aquella cintura robusta y flexible al mismo tiempo, eran para el joven delicias inagotables y sublimes; y cuando la Condesa fué suya, cuando suponía haber llegado al término de la posesión, hubo de comprender que nunca la poseería lo bastante para poseerla por completo; siempre encontraba en ella algo nuevo, enloquecedor y codiciable, no porque Luisa hubiera descubierto placeres hasta entonces desconocidos en la tierra, sino porque hacía con los usuales, lo que hacen las mujeres que tienen pocos vestidos con los suyos: combinarlos artísticamente, de tal modo que, siendo dos ó tres,

parezcan infinitos. Luisa procedía en idéntica forma, y Enrique, excitado, seducido por y ante los encantos de su querida, había traspasado los límites de la pasión para perderse en los abismos de la locura.

Y Luisa, ¿amaba á Enrique? No: los organismos así constituidos, no aman nunca. Aquel mozo de dieciocho años era para ella, mujer de treinta y cinco, un manjar apetitoso; estas uniones de la juventud que empieza y de la juventud que acaba se realizan siempre obedeciendo á una ley fatal. Las mujeres maduras apetecen á los mozalbetes inexpertos. No parece sino que en ellos van á encontrar el elixir de la vida, ese elixir formado, según la opinión de los antiguos, con gotas de sangre arrancadas á la juventud.

Tienen estas mujeres una condición semejante á las de esos grandes vampiros americanos que manteniendo con el abanico cálido de sus alas, el sueño de sus víctimas, absorben su vida y se alejan después que no le han dejado una gota de sangre en el cuerpo. Estas mujeres aún son peores, porque, sobre destruir la materia, matan el espíritu.

Para absorber su juventud, quería la Condesa á Enrique; pero si pretendía que él se lo sacrificara todo, no quería sacrifi-

car nada por él, y mucho menos los respetos y las consideraciones sociales á que supo hacerse acreedora. Así es que una tarde, á los tres meses de aquel idilio, dijo á su amante:

—Mañana salgo para Madrid; mi marido me espera.

Y después de una pausa, añadió:

—Excuso decirte que nuestras relaciones han terminado.

—¡Cómo! exclamó Enrique, con acento de sorpresa y de angustia.

—Como lo oyes. Esto ha sido un devaneo que nos ha hecho felices á los dos; conserva mi recuerdo, como yo conservaré el tuyo, y despedámonos. Tú eres joven, apasionado, vehemente, y en Madrid cometerías algún disparate. Yo me debo al mundo, á los respetos sociales, á la consideración ajena, y tengo que cumplir mis deberes. Nuestro amor ha sido un paréntesis delicioso, pero nada más que un paréntesis, y hay que cerrarlo.

—No, repuso Enrique; yo seguiré amante, seré tu esclavo, lo que quieras; pero no me abandones, no me olvides. Ámame siempre.

—¡Imposible! respondió Luisa.

—¿Por qué?

La Condesa miró á Enrique con una mi-

rada donde se confundían la lástima y la burla, y le dijo:

—Porque eres joven, porque eres inexperto, porque cometerías muchas locuras.

—¡Yo!

—Sí. ¿Qué edad tienes?

—Dieciocho años.

—Pues sábelo, Enrique: á los dieciocho años, los hombres como tú, sólo pueden tener amantes como yo, en El Escorial.



UN CACIQUE



Hombre tan bruto como don Bartolomé Pérez, sería posible encontrarlo en el mundo tras largas investigaciones; más bruto no, ni más influyente tampoco. La primera vez que yo le vi sentado en un sillón de Vitoria, retorciendo entre sus groseras manos un cigarro de diez

céntimos y eructando por su boca descomunal, expresiones y gases mal olientes, parecíame imposible que aquel individuo de semblante frailano, de frente estrecha y ojillos redondos, zafio en sus modales, torpe en sus ideas, oscuro en sus juicios, vulgar en su lenguaje, con el cerebro angosto y las espaldas anchas, fuese el ciudadano más im-

portante de la provincia, el dispensador de mercedes, el amo del cotarro, el que hacía y deshacía alcaldes, secretarios de Ayuntamiento, presidentes de Diputación, diputados provinciales, diputados á Cortes, jueces y gobernadores; el que se hombreaba con los ministros y los recibía con el sombrero puesto, mientras ellos se quitaban el suyo, no por cortesía, sino en señal de pleito homenaje. Y, sin embargo, así era, y bien pronto hube yo de comprender la causa de tan estupendo, y, á no estar á la vista, imposible suceso.

—¿Conque usted, le dije, luego de las breves palabras que precedieron á nuestra mutua presentación, y disponiéndome á escuchar sus frases con gran interés, por considerarlas más importantes para el porvenir de nuestra patria que todas las *interviews* que celebran los noticieros de periódicos con los hombres políticos; conque usted es el rey de esta comarca, mi querido don Bartolomé Pérez, y en ella y fuera de ella, por lo que á ella respecta, no se mueve una mosca sin que usted conceda la licencia oportuna?...

—No tanto, hombre, no tanto, repuso mi sujeto; se hace lo que se puede, y nada más.

—Vamos, don Bartolomé, no se haga usted el chiquito: yo no voy á pedirle ningún

destino, ni siquiera un acta de diputado; de modo que conmigo huelgan las reservas mentales y los procedimientos diplomáticos.

—Pues mire usted, contestó el cacique, la verdad: yo me he hecho el amo de esto, y amo soy, y mi trabajo me ha costado; pero lo que es ahora, hago lo que me da la gana y me río de todo el mundo: lo mismo se me importa á mí de un ministro, que de la carabina de Ambrosio, aunque sea mala comparación.

—¿Para la carabina, ó para el ministro?

—¡Vaya usted á averiguarlo! contestó mi hombre, sonriendo con la sonrisa de patán enriquecido y omnipotente que le caracterizaba. Lo cierto es que aquí no manda nadie más que este cura.

—¿Y cómo ha conseguido usted llegar á tanto, don Bartolomé de mi alma?

—Haciéndome rico. El que tiene dinero puede comprar casas y fincas; el que compra casas y fincas, tiene inquilinos, braceros y arrendatarios; el que tiene arrendatarios, braceros é inquilinos, tiene votos, y el que tiene votos, tiene todo lo que necesita tener para disponer lo mismo de un alguacil de Ayuntamiento que de un ministro de la Corona.

—¿Eso es de veras, don Bartolomé?

—¡Pues no lo está usted viendo con sus

ojos! Mire usted: entre unas cosas y otras, manejo yo las dos terceras partes de los votos que hay en la provincia; esos votos van donde yo digo, porque, de lo contrario... ¡figúrese usted!; el arrendatario se iría á la calle, el inquilino moroso á la calle también, y los braceros á robar ó á morir de hambre por esos caminos de Dios y de la Guardia civil. De modo que yo digo: "¡á votar!", y unos por lo que me deben, y otros por lo que puedan deberme, van como un solo hombre, y el puchero es mío. ¿Se entera usted?

—Hasta ahora me entero de que usted posee muchos votos; lo que no me cabe en la cabeza es que, aun poseyendo esos votos, pueda usted hacer lo que le venga en gusto.

—Pues muy sencillo, señor, muy sencillo. ¿Hay unas elecciones municipales? —pongo por caso: —yo le digo á éste ó al otro candidato á concejal: "Mira tú, ó mire usted: lo de la entrada en el Municipio corre de mi cuenta; pero una vez dentro, hay que servirme, porque si no, al año que viene nos salís, ú os armó un *escalaperras* que acaba en la cárcel,"; y como todos saben que eso es verdad, pues se conforman; y el Ayuntamiento no es del pueblo, ni de la ciudad, ni del Gobierno, ni de la opinión; es mío; porque yo tengo mayoría, y nombro

el alcalde y el secretario. ¡Míá tú quién será secretario sino el que me convenga á mí! ¿Se entera usted? Lo mismo ocurre con la Diputación provincial; aquí no hay más Diputación provincial que don Bartolomé Pérez.

—¿Y los diputados á Cortes?

—Pues lo mismo. Como aquí no hay opinión, ni los partidos que mandan ó quieren mandar se ocupan en hacerla, resulta que eso de las mayorías de las Cortes hay que fabricarlas desde el ministerio de la Gobernación, y lo que es sin nosotros, se hunde la fábrica. El Ministro necesita sacar tantos diputados por aquí; ya sabe él que proponerse algo sin contar conmigo, es lo mismo que si se rascara la cabeza para curarse el dolor de estómago, y va el hombre y coge la pluma y me escribe—¡poquitas cartas tengo yo guardadas en un cajón!— "Querido don Bartolomé: El Gobierno espera en usted para conseguir el triunfo de sus ideas; ayúdele usted, y luego pida por esa boca..." Yo le sirvo, porque para el caso lo mismo me sirven á mí liberales que conservadores...

—Le sirve usted, y luego...

—Luego, es natural: que me estorba un Ayuntamiento: escribo al Ministro: "Suspenda usted eso," y lo suspende. Que quiero ganar un pleito ó que algún pariente

mío ha estropeado á uno y el juez no me da la razón. ó quiere castigar á mi pariente; Otra carta al Ministro: "Traslade usted al juez," y lo traslada. ¿Que me conviene que pase un ferrocarril por delante de mi casa? Otra cartita, y pasa el ferrocarril: ¡ya lo creo que pasa!... ¡De sobra saben ellos cómo las gasto! Cuando voy á Madrid, me reciben con palmas en todos los sitios; porque, no tenga usted duda; de mi conducta y de la de los caciques de las otras provincias depende todo. De manera que, cuando yo pido una cosa, justa ó injusta, se hace, y punto concluido.

—Pero, don Bartolomé... ¡eso es un colmo!

—Oiga usted, dijo el cacique; ya sé yo, palurdo y todo como soy, que si aquí hubiese hombres enérgicos y opinión y desinterés y verdadero amor á las ideas y al país, yo y mis homónimos (se dice homónimos, ¿verdad?) no seríamos nada; pero aquí donde se sacrifica todo por un distrito, por un cargo político, por un triunfo electoral; aquí donde para satisfacer las ambiciones personales se tiran por el balcón la conciencia y la justicia y el bien público, aquí no hay más amo que yo, aunque usted se avergüence y le pese, y al país lo parta por la mitad. Yo hago lo que hago, porque puedo hacerlo. ¿Qué dice usted?

—¡Que obra usted como un sabio; que su proceder de usted es muy justo, porque no va usted á ser más papista que el Papa; que si los que deben tener vergüenza no la tienen, no va usted á tenerla por ellos, y que desde este momento puede usted contarme en el número de sus admiradores, ya que no me cuente en el de sus súbditos, porque aún no he perdido el decoro personal!

Y me despedí de don Bartolomé Pérez, haciéndome la promesa de influir para que le levanten una estatua en cuyo pedestal se lea la inscripción siguiente:

Á BARTOLOMÉ PÉREZ,

Los sinvergüenzas reconocidos.

